

# MOIRA

JULIEN GREEN

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS Y NOTAS  
DE PABLO MOÍÑO SÁNCHEZ



*El nombre de Moira es céltico y su lectura ofrece la pronunciación exacta, o casi, de esta forma irlandesa que ha tomado el nombre de María. También existen Maura y Maureen.*

*Que Moira sea además uno de los nombres que los griegos dieron al destino es una coincidencia que no he buscado, pero de la que tampoco puedo quejarme.*

*Ni que decir tiene que los protestantes que aparecen en escena no expresan de ningún modo mi opinión sobre el protestantismo. Me he empeñado, sobre todo, en reflejarlos tal y como los conocí en aquel tiempo, con esas flaquezas a menudo redimidas por unas cualidades dignas de admiración.*

## PREFACIO

Seguramente es el deseo de volver a la universidad de mis veinte años lo que ha desencadenado esta narración. Al comienzo no tenía más que el propósito muy simple de pasear otra vez por las largas galerías bordeadas de columnas blancas o bajo los gigantescos árboles que daban sombra al campus; en fin, de respirar un poco el aire de mi juventud en Virginia, pero era preciso que circulara gente en ese decorado que parecía hecho para la felicidad. Los personajes, como auténticos románticos que eran, pronto la transformarían en infierno, porque la juventud es naturalmente romántica y ser feliz la aburre pronto.

El héroe que se me impuso de golpe era un pelirrojo violento y fanático. Enseguida tuve la certeza de que aquello empezaba mal y terminaría peor aún. La intriga se me presentaba a grandes rasgos y con las circunstancias principales, algo que hasta entonces no me había pasado nunca, pero faltaban por descubrir todos los resortes de la acción. No me preocupé por buscar un plan. Dejando a mi personaje y a sus compañeros en ese marco grecorromano, los seguí y los observé según el único método que conozco y que es más bien una ausencia de método. Innumerables recuerdos personales se mezclaban con todo cuanto los oponía unos a otros. Me estaba convirtiendo en uno de aquellos estudiantes. ¿Cuál? Más bien debería preguntarme cuál no era yo, mirando como

todos ellos, con una mezcla de admiración y de horror, a la causa de un interesante desorden: Moira.

A decir verdad, hacía mucho tiempo que llevaba esa historia conmigo. Una nota tomada en octubre de 1944 daba fe de ello, pero, por una de esas peculiaridades del alma que los novelistas conocen bien, la había olvidado, y ella se había escondido en no sé qué rincón de ese inagotable granero que llamamos nuestra memoria. Al desaparecer en una sombra donde ya no podía verla, ¿quién sabe de qué manera se había transformado, tal vez enriquecida?

Ya en *El viajero sobre la tierra*, en 1923, nada más volver de los Estados Unidos, la nostalgia me había hecho regresar allí mediante la imaginación. No la nostalgia de una felicidad que no había conocido, ciertamente, sino tan solo la nostalgia de eso que nunca volverá, esfuerzo extraño por atrapar y retener con palabras eso que se nos escapa a cada minuto para siempre. Y sin embargo me parece que por nada del mundo habría aceptado revivir los años de frustración que he descrito en *Tierra lejana*. Esa pesadilla de la juventud desheredada solo podía embellecerse con la ayuda de la ficción, que, cuando es eficaz, según la admirable fórmula de Bergson, es un comienzo de alucinación<sup>1</sup>. En lo que a mí respecta, la alucinación se volvía rápidamente un sueño de terror, pero ese es otro misterio que nunca he podido dilucidar. Dejo que se ocupen de ello los psicoanalistas, que, como nadie ignora, lo saben todo...

J. G.

---

<sup>1</sup> «Hay que hacer notar que la ficción, cuando es verdadera ficción, es como una alucinación naciente; puede contrarrestar el juicio y el raciocinio, que son las facultades propiamente intelectuales», Henri Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, trad. de Miguel González Fernández, México D. F., Porrúa, 1990, p. 59.

## PRIMERA PARTE

## I

Llevaban un momento inmóviles, de pie a unos pasos de distancia, y Mrs. Dare fingía leer la carta que él acababa de tenderle, pero hacía ya varios segundos que había tomado nota de aquel documento y ahora, con el rabillo del ojo, observaba al recién llegado. Sin saber bien por qué, experimentaba una sensación de incomodidad al mirarlo a la cara. «En todo caso —se dijo para tranquilizarse—, definitivamente parece honesto».

Lo veía de perfil, el rostro herido por los rayos de sol que se colaban en el cuarto entre las hojas de los árboles, y a su pesar le pareció guapo, aunque fuera pelirrojo. Era eso lo que la perturbaba, esa melena en llamas, esa tez de una blancura lechosa, y se contuvo para que él no comprendiera la especie de repulsión que le inspiraba. No notó enseguida que tenía los ojos negros. Alto y con el cuerpo algo delgado en una ropa oscura que no parecía hecha para él, cruzaba los brazos en el pecho y miraba la calle con aspecto desafiante. A sus pies, una cartera amarilla, con el cuero agrietado en algunos sitios, estaba tan atiborrada que parecía una esfera. Al cabo de un instante, cambió de postura, alargó una gran mano hacia la cartera, que movió unos centímetros sin hacer ruido; y después, enderezándose, hundió la punta de los dedos en los bolsillos de la chaqueta, la mirada a lo lejos.

Quizá se sabía observado. Dejó pasar un minuto o dos; luego se atrevió a echar un vistazo de refilón a Mrs. Dare, que aún leía. Finalmente, como si esta larga espera lo autorizara para ello, lanzó una mirada más audaz a su alrededor.

El cuarto tenía el techo bajo y las paredes recubiertas de un tapizado descolorido que tiraba al amarillo. Cerca de la ventana, dos mecedoras se hacían frente, separadas por una pequeña alfombra de punto de cadeneta donde las lanas azules y malvas se desvanecían. Una mesa redonda de madera pintada soportaba una gran planta con hojas vigorosas y brillantes que constituía el adorno central de aquel pequeño salón. En un rincón se veía un piano vertical que desplegaba sobre su musicuero un álbum de canciones de moda cuyos títulos en negrita causaban el efecto de una risa vulgar. El joven desvió la cabeza. «Es la universidad —pensó—. En la universidad es así». Pero en su casa, en la casa de sus padres, el piano solo se utilizaba el domingo, cuando se entonaban cánticos, y durante toda la semana conservaba su larga cinta de paño aceituna que protegía las teclas.

Transcurrió más tiempo, pero nada hacía pensar que Mrs. Dare hubiera acabado de leer, pues seguía sujetando el papel entre sus dedos flacos y no se movía. «Pero tampoco puedo echarlo por ser pelirrojo», se dijo. Observó sus zapatos polvorientos y supuso que había llegado a pie desde la estación, para ahorrar. De nuevo se interpeló: «Me pregunto si olerá. A veces los pelirrojos tienen un olor muy fuerte. Eso no lo soportaría. Tengo que reconocer que desde aquí no huelo nada».

De repente, plegó la carta y volvió a guardarla en el sobre.

—Señor Day —dijo—, ¿sabe lo que contiene esta carta?

—Sí, fui yo quien la escribió siguiendo el dictado de mi padre.

Su voz era un poco sorda, a la vez ronca y dulce. Explicó:

—Mi padre es ciego.

Mrs. Dare arqueó las cejas. Ni joven, ni vieja, seca y tiesa en su vestido gris de flores blancas, las mejillas planas y ligeramente pintadas de rosa, el pelo negro y echado hacia atrás,

tenía la boca demasiado larga y la nariz demasiado puntiaguda para ser bonita, pero el joven estimó que, si se maquillaba de esa forma, debía de considerarse hermosa. No le gustaban sus ojos claros, que lo examinaban con una especie de desvergüenza y hasta parecían atravesarle el cráneo, pues se hubiera dicho que, en el centro del iris azul pálido, la pupila negra y maliciosa, similar a un ojo más pequeño, lo clavaba a la pared.

—Ciego —repitió ella como un eco.

Y con un impulso repentino, dio media vuelta.

—Sígame —dijo—, voy a enseñarle su habitación.

Subieron. Bajo sus pasos, los escalones gimieron y uno de ellos emitió un ruido comparable al chasquido de un látigo.

Ahora estaban en la habitación clara y desnuda y el joven miraba a su alrededor. Una mesa de trabajo ocupaba el espacio entre la chimenea plana y la ventana sin cortinas, y la cama de cobre, extrañamente colocada al sesgo, impedía que la puerta se abriera del todo. En una esquina, una silla de paja parecía conversar con una mecedora en cuyos brazos estaba posada una tabla que podía servir de pupitre. Ni el menor trozo de alfombra cubría el suelo, cuya pintura negra se desconchaba en algunos sitios, trazando desde la puerta hasta la ventana una especie de pista, pero, por muy pobre que fuera este decorado, se enriquecía con toda la luz que pasaba a través de los árboles y teñía de rosa las paredes y el techo. El otoño americano pintaba con sus colores enérgicos los sicomoros que bordeaban la calle, desde el violeta oscuro hasta el rojo y el amarillo cobrizo.

—Es maravilloso —murmuró el joven, la mirada perdida en todo aquel oro.

Mrs. Dare dejó que transcurrieran unos segundos; luego dijo en un tono confidencial:

—El baño está al final del pasillo, a la derecha.

Él mantuvo un silencio pudoroso. Con un gesto lleno de torpeza, dejó la maleta a sus pies y, al no saber qué hacer con los brazos, los cruzó de nuevo.

—No le he preguntado de dónde era —dijo Mrs. Dare.

Él nombró una pequeña ciudad de un estado cercano.

—Ah —dijo ella con una media sonrisa—, en las colinas.

—Sí, en las colinas.

Estas palabras fueron pronunciadas con una voz más seca que hizo arquear las cejas a la propietaria de la casa.

—Si no he entendido mal —prosiguió ella—, tiene usted dieciocho años.

—Dieciocho años, sí —dijo el joven.

La mujer se dirigió hacia la cama y echó un vistazo rápido a las sábanas.

—Si necesita algo, hágamelo saber a través de la criada. Vaya, Moira se ha olvidado la pitillera.

Su larga mano agarró de la almohada una cajita de metal negro que abrió al instante.

—¿No tendrá una cerilla? —preguntó llevándose un cigarrillo a la boca.

Como si lo hubieran cogido por los hombros, él se volvió hacia ella de golpe, la frente coloreada de un rubor súbito.

—¿Qué le pasa? —dijo Mrs. Dare—. ¿No me irá a decir que allí de donde viene las mujeres no fuman?

Él no respondió enseguida.

—No tengo cerillas —dijo al fin—. No fumo.

—¿Y quizá tampoco lo aprueba?

Ella estaba tan cerca ahora que el joven vio un grano en su piel bajo ese maquillaje que lo escandalizaba, y se dio cuenta, sin comprender por qué, de que la mujer adelantaba

imperceptiblemente la cabeza aspirando el aire con sus ventanas nasales abiertas.

—No —dijo enderezándose.

Ella lanzó una carcajada que parecía una sucesión de gritos.

—Joven —dijo cuando regresaba a la puerta—, no sé qué le habrán enseñado en sus colinas, pero tiene mucho que aprender aquí.

De nuevo, el rostro del muchacho se enrojeció, pero no protestó. Pronto oyó los tacones de Mrs. Dare que chocaban contra los peldaños con una especie de arrogancia y, cuando llegó al pie de la escalera, la misma risa de antes perturbó el letargo de la tarde.